

DON JUAN ANGEL DE MICHELENA EN EL RÍO DE LA PLATA

Alejandro N. BERTOCCHI MORÁN
Historiador naval

Desde el año de 1983 hasta la fecha, la REVISTA DE HISTORIA NAVAL ha publicado decenas de artículos sobre los procesos históricos que significaron la implosión del Imperio español, abordados en su mayoría, por cierto, desde una perspectiva marítima y naval. En este marco tanto las plumas peninsulares como las de Iberoamérica han establecido una secuencia de causas de las independencias americanas que arranca de un hecho: la penetración napoleónica en España y, con ésta, la prisión de la familia real que supone una prolongada guerra por la independencia, que inevitablemente trajo consigo la acefalia de aquel poder central, unificador, que nació con los Austrias.

Para muchos historiadores, nacidos en la vieja España o no, la insurgencia americana fue una guerra civil que el paso inexorable de los acontecimientos, y el prolongado lapso de tiempo que duró la intrusión del Corso, condujo a la obtención de una independencia total, consumada en los campos de Ayacucho (1).

Resulta claro que a estos conceptos se les une una larga serie de otros aditamentos, como el de la notable presencia de la Gran Bretaña en estos procesos, con esa fuerza gravitacional que tuvo su política en aquellas horas. Wellington, en la Península, codo con codo con los combatientes hispanos, mientras en los mares de América la Marina inglesa jugaba dualmente, sin duda, siguiendo la derrota ya establecida siglos antes por Su Graciosa Majestad.

Entonces, dentro de la historia naval, tuvimos figuras de gran peso en ese proceso señalado. La marina dieciochesca, que tantas glorias había dado a España, pese al desastre de Trafalgar prosiguió en el siglo XIX protagonizando notables hechos de armas donde la valía y el lucimiento personal no solo se dio al cañón y desde la cubierta de los buques de la Real Armada, sino en terrenos bastante disímiles y lejanos de lo establecido en los cánones de las academias navales de la península. Por mar o tierra, en la tregua o en el combate; pluma en mano o al grito templado del parlamento, el marino español se halló plenamente inmerso en aquella agitación imparable que en apenas década y media supuso el final de un imperio donde nunca se ponía el sol.

En el Río de la Plata, uno de los «cuatro focos de reacción realista», que señala Guillén, destaca en los inicios del proceso independentista la repetida actuación de varios marinos que, inasequible al desaliento van a destacarse

(1) DE los 9.310 hombres que se hallaban a órdenes del virrey La Serna, sólo unos mil eran peninsulares.

sobremana, como establecimos anteriormente, en todos los campos donde se necesitará su presencia. Y pasará lo mismo en los otros puntos indicados, no en balde, plenamente marítimos: Puerto Cabello, Veracruz y El Callao. Es que, para que no existan dudas, la España americana cayó casi en la misma forma que vio su primera luz, dada por los buques del Rey en aquel 1492 ahora un tanto lejano, en la defensa cerrada de esa comunicación, de ese cordón umbilical marítimo que unía España con sus dominios ultramarinos.

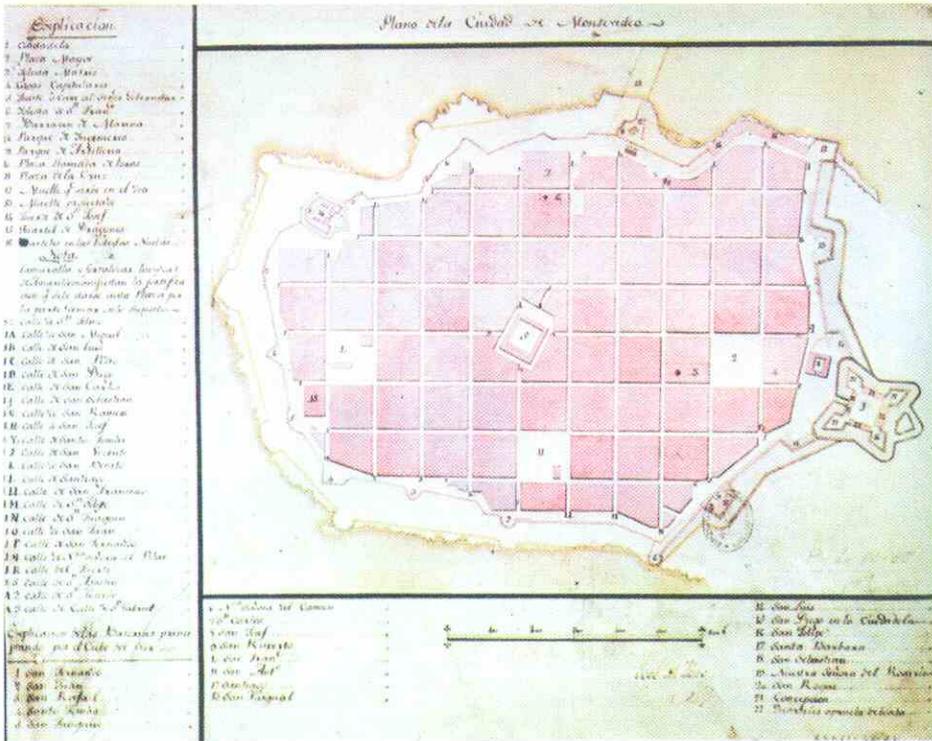
«Debo apostillar, para comenzar, que el que todas estas plazas fueran sedes de apostaderos de Marina no es pura casualidad: los oficiales de la Armada, en efecto, por razón de la gran movilidad de su profesión y sus contactos en la península, estaban más vinculados físicamente a la que ya denominaban los americanos Madre Patria y, por consiguiente, su modo de pensar tenía que ser análogo a los de Cádiz o a los del Ferrol respecto a obedecer a la Junta Central de Sevilla, como después a la Regencia. Aunque la larga estancia de las escuadras de Gravina y Mazarredo en Brest en los primeros años del siglo tuviera alguna influencia en las cámaras de los buques según lo manifiesta Alcalá Galiano, la Real Armada, en su mayoría, continuó fiel a sus esencias tradicionales» (2).

Por ello, el apostadero de Montevideo, según indica Martínez Montero, tuvo enorme influencia en la gestación de una identidad diferenciada, que andando el tiempo, conduciría a la aparición del Uruguay independiente, como parte indisoluble de estos hechos que tienen en los marinos que se citan, el factor determinante que sostuvo esta época (3). En el universo del apostadero, Liniers, Bustamante y Guerra, Salazar, Romarate fueron figuras que descuellan en las crónicas de este turbulento tiempo que para el caso rioplatense comenzó en las luchas contra los intentos portugueses, de cara a Colonia del Sacramento —manzana de discordias ibéricas entre 1680 y 1777— y tuvo su cenit en las invasiones inglesas de 1806-1807, hecho de armas del que resultó la única derrota militar que tuvo Gran Bretaña en todo este siglo XIX, si exceptuamos la primera guerra afgana. Y aquí, en las calles de la Buenos Aires de la Reconquista, en San Fernando de Maldonado y su defensa numantina y en la Brecha de la «Muy Fiel y Reconquistadora», se fraguó gran parte de esa admiración popular que rodea a los hombres de la Real Armada, ya que ellos fueron quienes encabezaron esta lucha tan dolorosa para el inglés.

De tal manera, dejando en claro la sugestiva presencia de los marinos en estos procesos reseñados, debemos mencionar someramente a uno de estos oficiales de la Real Armada que tuvo destacada actuación en esa hora: don Juan Ángel de Michelena, segundo de cuatro hermanos que siguieron la carrera naval, naturales de Costa Firme que se distinguió largamente en varios hechos de armas acaecidos en este Río de la Plata, adonde arribó en febrero de

(2) GUILLÉN, Julio F., contralmirante: «La independencia del Plata en los papeles del Archivo de Marina». *Boletín del Centro Naval* N° 645. Buenos Aires, Argentina. 1960. p. 452.

(3) MARTÍNEZ MONTERO, Homero, capitán de fragata: *El Apostadero de Montevideo, 1776-1814*. Instituto Histórico de Marina. Madrid. España. 1968.



Plano de la ciudad de Montevideo, en 1811. (Archivo del Servicio Histórico Militar.)

1805, en plena guerra con los ingleses, justamente en el marco, que nunca más podría abandonar mientras permaneciera en estas tierras bañadas «por el río grande como mar» (4).

Guillén considera a estos marinos venezolanos representativos de la fortaleza anímica de aquellos oficiales de la Real Armada nacidos en el lar americano. Los Michelena defendieron todo la causa del Rey, por México, Tierra Firme, el Plata, Chile y el Perú, «es decir, por todo el amplio teatro de la insurrección; y al terminar la guerra, sólo entonces, uno regresó a la península, dos se naturalizaron colombianos y el otro se hizo chileno» (5).

El primer hecho destacado en que participa Juan Angel de Michelena en este Río de la Plata (6) fue la reconquista de Buenos Aires, que se consuma el 12 de agosto de 1806. A las órdenes del capitán de navío don Francisco de Liniers, luciendo sus galones de teniente de navío, toca a Michelena mandar la tercera columna que penetra las defensas británicas por la calle de la

(4) PAVÍA, Francisco de Paula: *Galería Biográfica de los Generales de Marina*. Madrid. España. p. 34.

(5) GUILLÉN, Julio F.: *op. cit.* p. 453

(6) Michelena, como alférez de navío, se halló en San Vicente, en el *Príncipe de Asturias*, bajo el mando de don José de Córdoba.

Catedral (7). Combatiendo fieramente en el nudo central del reducto inglés, la acción culmina cuando las fuerzas españolas irrumpen en la Plaza Mayor, el final para los mandados por Beresford.

Su segunda gesta, y sin duda la que alcanzará mayor resonancia popular, tuvo lugar en el mes de agosto de 1808, al arribar al Plata las noticias de España: el memorable 2 de mayo, la prisión real, la comedia de Bayona, la lucha y el comienzo del juntismo. Este hecho colocará a Michelena en un agitado contencioso político, en el medio de la lucha de intereses y poder que se fraguó entre el virrey Liniers y la fría personalidad del coronel Francisco Javier de Elío; entre la capital platense, la señorial Buenos Aires, y el Montevideo del apostadero; entre dos visiones diferentes del momento tan difícil que vivían las Españas.

Elío sospechaba del francés Liniers tras la venida al Río de la Plata del enviado de Napoleón, el marqués de Sassenay, y por esto, en un rápido proceso logró soliviantar a la ciudad de Montevideo y ponerla en franca desobediencia



Sede del comando del Apostadero de Montevideo, en el casco antiguo de la ciudad. Desde esta casa se regía el Atlántico Sur para España.

(7) MARTÍNEZ-VALVERDE, Carlos, capitán de navío: *Gloriosas Efemérides de la Marina de Guerra Española*. Ministerio de Marina. Madrid. España. 1968. p. 152.

a la autoridad virreinal, pidiendo la renuncia del héroe de la Reconquista. Sobre este espacio histórico tan importante para el Uruguay, mucho se ha escrito, dado que la memorable Junta del 21 de setiembre de 1808, sancionó no solo la separación entre Montevideo y Buenos Aires, partiendo ese «dualismo inflexible» (8), que originará la creación de dos entidades disímiles a ambas bandas del Río, sino que esta Junta de Gobierno montevideana será la primera manifestación juntista de la América española, la misma que colocó a Elío como el factótum de la posterior guerra civil rioplatense. Fue el preámbulo del 25 de mayo de 1810.

Lo cierto es que Liniers, en fecha del 17 de setiembre de este tremendo año de 1808, procede a destituir al coronel Elío y a designar para sucederle en su cargo al ya capitán de navío Michelena, a quien entrega pliegos para los restantes jefes y autoridades de la guarnición de Montevideo.

El virrey también dispuso que el marino venezolano asumiera la comandancia del Apostadero, contando que con su autoridad se plegaría a sus dictados, cosa en la que se hallaba por demás equivocado. El día 20 de este mes, Michelena desembarca en las costas del Miguelete, o sea, extramuros de la plaza, y envía un oficio reservado al capitán de fragata Joaquín Ruiz Huidobro, a la sazón al frente del Apostadero. En dicho oficio apercibía a Ruiz Huidobro sobre la gravedad de la situación, reclamando el apoyo de la fuerza naval y de la guarnición, en la creencia de que el ambiente en Montevideo no era en absoluto favorable al francés Liniers.

Al anochecer de ese día, Michelena penetró en la plaza, para dirigirse a continuación a la casa del administrador de Aduanas, al que solicita que lo acompañe al Fuerte donde se hallaba Elío, a lo que aquél se excusó aduciendo razones de salud (9). Por lo tanto Michelena hubo de encaminar sus pasos a la residencia del volcánico coronel, cuyo prestigio entre la población montevideana era notorio. De este modo, no bien la noticia de su presencia se difundió, se hizo inevitable la aparición de las turbas, que le hicieron compañía en su trayecto hacia el Fuerte al grito de «¡Viva Elío!» No se amilanó el marino por este recibimiento e hizo su entrada en la residencia oficial, donde la crónica de esta hora nos indica el choque inevitable entre estas dos personalidades, que discurre por los caminos de la violencia, en un ambiente plenamente hostil al venezolano, casi solo en el cumplimiento de su deber.

Los investigadores que estudiaron el tema en nada difieren de lo acontecido en aquel atardecer primaveral entre los pétreos muros del fuerte, hoy malamente desaparecido a causa de la «piqueta fatal del progreso». Martínez Montero recoge los apuntes de un hombre de época vinculado a Elío, el doctor Lucas Obes, quien hace un pormenorizado relato de este momento:

(8) BLANCO ACEVEDO, Pablo: *El gobierno colonial en el Uruguay y los orígenes de la Nacionalidad*. Imp. Barreiro y Ramos. Montevideo. Uruguay. Capítulo XVIII. p. 221.

(9) MARTÍNEZ MONTERO, Homero, capitán de fragata: *El Apostadero de Montevideo, 1776-1814*. Instituto Histórico de Marina. Madrid. España. Capítulo V. p. 112.



El coronel Francisco Javier de Elío, gobernador de Montevideo en 1808.

«La aparición de Michelena en Montevideo fue la señal de alarma para que se desataran las pasiones de los que ya iban saliendo a la plaza para dominarlo todo en un día. Michelena traía órdenes de que hizo uso gradual, dirigiéndose primero al Jefe de Marina, de quién fue reconocido como gobernador propietario; al Cabildo o Municipalidad, que se sometió a seguir el ejemplo de la Marina y luego al mismo gobernador Elío, que sin negarse abiertamente a entregarle el mando y pasar a Buenos Aires como se le ordenaba, quiso hacer algunas observaciones en el acto; pero Michelena, que había previsto el lance y dispuso sus movi-

mientos para todas las ocurrencias probables, al tocar ésta tiró de la pistola y amenazó de tal modo al Sr. Elío, que éste se vio obligado a echarse encima a brazo desnudo, de tal suerte que si no desarmó a su adversario, por lo menos lo sacó de su posición, haciéndole caer sobre una silla de su despacho. El ruido de la escena atrajo a los ayudantes del gobernador, que hablaron con los contendientes y pusieron a Michelena en libertad de regresar al Cabildo e implorar el auxilio de su autoridad para hacerse reconocer» (10).

»Maltrecho el nuevo gobernador nombrado por el virrey Liniers, aún hizo un último esfuerzo para tomar posesión de su puesto. Del Fuerte, donde tuviera una acogida tan poco cordial, dirigióse a la casa capitular, donde sabía que el Cabildo se hallaba reunido. Más fácil le fue imponer su autoridad aquí. Los regidores debieron permanecer ante el documento que exhibiera Michelena firmado por el virrey, por el cual daba término al gobierno interino de Elío y nombraba a su sucesor. El acta se redactó así dejándose constancia de su reconocimiento y suscribiéndola el propio Michelena y los miembros del Cabildo. Pero si este acuerdo llegó a hacerse, los regidores permanecieron en el Cabildo atentos a los sucesos que en esos mismos instantes se desarrollaban en la calle. Un inmenso vocerío llegaba hasta el recinto. La resolución reconociendo a Michelena había trascendido y el pueblo tumultuado y conmovido concurría hasta la casa Consistorial haciendo demostraciones de protesta ante puertas y ventanas. Vacilante la autoridad civil sobre la actitud a asumir y permaneciendo aún en la sala de sesiones el capitán Michelena, algunos capitulares se asomaron al exterior para inquirir las causas de la pueblada. Allí oyeron las voces de la multitud dispuesta a empeñar cualquier tentativa antes que consentir en la deposición del gobernador Elío, al tiempo que pedían celebración de

(10) *Ibidem.*, *op. cit.* Notas al Capítulo V. p. 148 - 149.

Cabildo Abierto para deliberar sobre tan importante asunto. Los manifestantes ya habían concurrido al Fuerte y vivado frenéticamente a Elío. Este había salido al patio de la casa de gobierno y respondiendo a las preguntas que se le hicieron de por qué debería ir a Buenos Aires, contestó: ignoro los motivos pero, si tengo delito quiero que se me quite la cabeza en Montevideo; no quiero ir a Buenos Aires. Entusiasmado el pueblo, el propósito de la celebración de Cabildo Abierto surgió entre todos, aprobado también por Elío. Con esa demanda, volvieron los manifestantes hasta el Cabildo y sus miembros presionados ante la magnitud del acontecimiento, aceptaron sin dilación la convocatoria de la asamblea para el día siguiente. Esa noche fue de agitación e intranquilidad. Grupos de exaltados recorrían las calles, victoreando a Elío: "¡muera Michelena! ¡muera el traidor! ¡muera Buenos Aires! ¡Viva nuestro gobernador!" Eran los gritos que se escuchaban salidos de la multitud, que marchaba precedida de la música de uno de los regimientos. En medio de la algarada y las vociferaciones, llegaron los manifestantes hasta el Fuerte, penetrando algunos de ellos al patio donde se encontraba el gobernador depuesto por Liniers. Mientras, el gentío aplaudía delirante y las protestas de adhesión a Elío se sucedían con las exclamaciones de que estaban dispuestos a derramar su sangre antes de permitir su salida, algunos oficiales levantaron a aquél en alto, comenzando a pasearlo triunfalmente. El alboroto fue apaciguado, como palabra de orden para el día siguiente, la celebración de Cabildo Abierto. Aún la columna recorrería otros sitios de la ciudad, llegando hasta la casa donde habitara Michelena, pero éste, avisado del peligro que corría, pudo escapar del entusiasmado público y embarcarse en el puerto, primeramente para la Aguada, siguiendo luego de allí, en su huida a caballo, a Buenos Aires (11).

»A las doce de la noche apareció en las calles otra manifestación más importante que la anterior. La encabezaban miembros del comercio con hachas encendidas, tras de los cuales iban oficiales de los cuerpos de guarnición. Una banda militar rompía la marcha tocando a paso de ataque. Del Fuerte se dirigió la manifestación, en medio de exclamaciones y vivas, por el trayecto que conducía a la casa de Oliver, donde era de dominio público que estaba alojado Michelena. Al distinguir la casa, redoblaron los gritos, mientras la banda militar repetía el paso de ataque. Entonces, el capitán don Manuel Villamil, de la infantería ligera, propuso a los de igual clase de su cuerpo, Neifre y Ortega, y al del cuerpo del comandante Murgiondo, don José Antonio Cano, segregarse de la manifestación para ir en busca de Michelena y avisarle de que su vida corría peligro. Así lo hicieron entrándose en casa de Oliver, donde el huésped esperaba tranquilamente su suerte. Costó algún trabajo decidirle a que los siguiera; pero las insinuaciones de ellos, unidas a los ruegos de la señora de la casa, persuadieron a Michelena, quien se trasladó con sus oficiosos acompañantes a casa del capitán don Patricio Baufré. Allí estuvo alojado hasta las cuatro de la mañana. A esa

(11) BLANCO ACEVEDO, Pablo. *El gobierno colonial en el Uruguay y los orígenes de la Nacionalidad*. Imp. Barreiro y Ramos. Montevideo. Uruguay. Capítulo XVIII. p. 221.



El asesor de Marina en Montevideo Lucas Obes en 1808.

hora se embarcó hasta la Aguada, donde montó a caballo y se puso a salvo» (12).

De más está decir que, a su llegada a Buenos Aires, Michelena tuvo que enfrentarse con las acusaciones de una parte de la oficialidad de su cuerpo, cosa que quedó zanjada ante las declaraciones expresas de éste ante el Virrey. El relato que hace Michelena y que transcribe Martínez Montero esclarece lo acaecido aquella noche tremenda, cuando se hallaba claro la posibilidad de un acto criminal: “no accedió el enviado de Liniers, y a poco y por dos veces consecutivas volvió a hacerse presente

la turba, cada vez con mayor furor, por lo que, a la segunda vez, subieron cuatro oficiales expresando a Michelena que les había costado mucho trabajo contener al pueblo y que si no aprovechaba los instantes de entregarse a ellos para que lo salvaran, corría irremisiblemente peligro su vida. Como el marino no pareciese convencido, la mujer de Oliver se echó a sus pies llorando y le pidió con empeño que mirase su vida que era la única prenda cara que tenían sobre el suelo su mujer y sus hijos; conmovido con estas razones vino al fin el Sr. Michelena a ponerse en mano de los oficiales quienes lo sacaron de la casa hacia las tres de la mañana” (13).

Todo este acontecimiento extremadamente importante para el devenir histórico del Río de la Plata, tuvo un especial basamento: el extremado celo de los montevideanos hacia Buenos Aires, la rivalidad y hasta el odio frente a los «porteños», cosa muy propia de la mentalidad colectiva de los pueblos ibéricos. En el caso puntual que señalamos, el enfrentamiento de Michelena con Elío dio pábulo a una infinidad de comentarios de los más variados fuera y dentro de los muros de Montevideo. La pertinaz enemistad entre las fuerzas de la guarnición y las de la marina, cosa también muy propia de un coto parroquial como Montevideo, tuvo su peso en este asunto, por lo que Michelena se vio sometido, al menos por poco tiempo, a los dimes y diretes propios de las mentalidades criollas (14).

(12) BAUZA, Francisco: *Historia de la Dominación española en el Uruguay*. Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos. Montevideo. Uruguay. 1967. Libro Segundo. p. 207.

(13) MARTÍNEZ MONTERO, Homero: *op. cit.*, Capítulo V., p. 112

(14) Martínez Montero en su obra reseñada, en su nota 112, del capítulo V, da luz pública a un folleto que circuló por las calles de Montevideo, luego del incidente ya señalado, que entre otras cosas expresaba en lenguaje castizo y en claro: «...pasage fue este para el cuitao Michelena que el miedo de la brebeza de Elío le hizo temblar, y aún otra cosita peor que se meó en sus calzones; aún otro trabajo muy grande le sucedió también, que en medio de aquel gran aprieto en que se veyá, no tubo abilidad para apretar el culo y se dejó salir por él la sustancia del corage de los Marinos». (Sic).

Tras todo esto, para don Juan Ángel de Michelena no habría tregua, pues el servicio de su carrera lo llevaría, al poco tiempo, a pasar una vez más a Montevideo y aun a militar bajo el mando de don Francisco Xavier de Elío. Así fueron aquellos tiempos que despertaron esta América de sus tres siglos de hispánica tranquilidad.

La junta bonaerense de 25 de mayo de 1810 supuso para el cuerpo de marina su plena integración en el apostadero de Montevideo, y, con esto, la lucha general por el control de las aguas platenses, único sostén para la causa del Rey. Michelena, en el mes de julio de este año, tuvo que enfrentarse a diversas situaciones propias de aquel momento; el desarme del Regimiento de voluntarios del Río de la Plata y el ataque a la Colonia del Sacramento, que se hallaba en manos de los insurgentes. Luego pasó a Entre Ríos con una fuerza de caballería a pacificar el vasto territorio, hasta que regresó a Montevideo, solicitados sus servicios por el recientemente nombrado virrey del Río de la Plata, su pasado antagonista Elío, para que operara con su fuerzas en la ciudad de Mercedes y en la propia Colonia del Sacramento.

Además, Michelena, ahora sí con una cubierta bajo sus pies, se transformó en una pieza indiscutible de la defensa de la causa de Montevideo, ya que tuvo que encargarse del bloqueo naval de Buenos Aires, sobre el mes de Junio de este año de 1811, el primero de la larga lucha entablada que sólo finalizará en 1814 con la desaparición del dominio hispánico del Plata.

«Por estos días del año 1811, en el estuario del Río de la Plata seguían las operaciones conducentes a dominar el movimiento de emancipación. En ellas las de Marina tomaban parte muy importante: dos días antes, el capitán de navío Juan Angel de Michelena, con una división naval compuesta por el bergantín *Belén*, dos balandras bombarderas, dos lanchas cañoneras, una sumaca y dos faluchos armados, había bombardeado el puerto y baterías de Buenos Aires, en manos de los patriotas insurgentes. Para ello tuvo que soportar el denso fuego de los fuertes. Michelena cumplió ese deber, a pesar de tener en la plaza a su mujer y a sus hijos. Era un valeroso oficial de Marina, de los que más se distinguieron en América en esta lucha en defensa de la integridad del imperio» (15).

Tras un breve intervalo en la Península, desde marzo de 1812 hasta exactamente un año después, Michelena debe retornar a las tierras de sus desvelos, pues, además, según consta en los archivos, su mujer e hijos permanecían en Buenos Aires, cosa tan infrecuente que las autoridades, no muy dadas a este tipo de licencias, dejan expresa constancia en las documentaciones de este detalle tan especial.

Una vez más en el Plata, Michelena participa en todos los pormenores que se viven en una plaza mantenida bajo el más riguroso sitio, hecho que solo es parcialmente amenguado cuando los buques del Rey penetran en el puerto con los bastimentos necesarios para cambiar la vida de la población. Sobre este

(15) MARTÍNEZ-VALVERDE, Carlos, capitán de navío: *Gloriosas Efemérides de la Marina de Guerra española*. Madrid. España. 1968, p. 110.

capítulo montevideano el análisis posee voluminosos estudios de referencia, por lo que la plaza era, en esa hora, la última esperanza para la conservación de estos territorios para la causa del Rey.

En este tramo de su carrera, Michelena tuvo escasa protagonismo, pues las acciones navales acontecidas que fueron decisivas, las acometieron sus colegas más directos: don Jacinto de Romarate, don Joaquín Primo de Rivera y don Miguel de la Sierra. La nueva escuadra de Buenos Aires, al mando del irlandés Guillermo Brown, en pocos meses consumó la derrota de las fuerzas navales peninsulares, librando dos encuentros vitales: Martín García, del 11 al 15 de marzo de 1814, y Buceo, del 14 al 17 de mayo de este año.

El desenlace fue, inevitablemente, la capitulación de Montevideo, y junto a este hecho, merced a lo poco digna conducta del general Carlos de Alvear, que desconoció la firma de este documento, la prisión para la mayoría de los oficiales del cuerpo de Marina y de la guarnición (16). Y así, Michelena fue conducido a Buenos Aires, sufriendo las penalidades propias de su condición y las de ese momento histórico. Se había luchado por más de cuatro años, en una contienda cuasi fratricida, donde todos habían dejado una huella heroica.

«El 23 de junio de 1814 se rindió Montevideo por capitulación, la cual no fue cumplida por los insurgentes, y quedó Michelena, como todos los demás de guarnición, prisionero, y por consiguiente fue conducido de Buenos Aires y de allí a varios destinos a cual más penoso, sufriendo todos los peligros, trabajos y miserias propias de tan desgraciada condición; sufriendo hechos continuos y prolongadas marchas, hasta que por último lo destinaron al depósito de Los Bruscos, en el que habiendo enfermado, consiguió a fuerza de representaciones pasar al hospital de Buenos Aires, habiéndosele puesto, luego que entró en él, una barra de grillos, la que se quitó bajo fianza. A pesar de las diligencias que practicó para fugarse, no pudo conseguirlo hasta el 14 de abril de 1820, que arrastrando los inconvenientes y peligros que ofrecía su situación, se trasladó a Montevideo, donde pasó al Janeiro y de allí a Gibraltar, en un bergantín inglés, presentándose en su Departamento el 16 de marzo de 1822» (17).

Hallándose aún en Gibraltar, Michelena envió dos largas cartas al secretario de Marina en las que relataba los pormenores de su estancia en las prisiones de Buenos Aires y hacía comentarios referentes a la situación que se vivía en el Río de la Plata es ese momento. La sola lectura de estas hojas nos sumerge en aquella hora histórica en que se hallaban inmersos los hombres de la Real Armada. La capacidad de sacrificio personal, extensible a sus familias, la abnegación y la entrega constante al servicio, la notoria humildad de carácter de estas gentes no siempre reconocida por los investigadores, hacen que debamos resaltar su talla moral, puesta de manifiesto en su comportamiento, en su servicio profesional y en el cumplimiento a todo trance de sus juramentos.

(16) El almirante Guillermo Brown, al recibir a bordo de su insignia al rendido Vigodet quedó horrorizado ante el comportamiento de Alvear, liberando al gobernador montevideano de sus cargas, en caballeresca conducta señalada por la historia.

(17) PAVIA Francisco de Paula: *Galería biográfica de los Generales de la Marina*. Madrid. España. 1873, p. 34.

«Los que corren allende el océano mudan de cielo, pero no de alma». Esta frase de Horacio es la más indicada para la visión de esta clase de marinos. Como establecimos al inicio, personalidades como la de don Juan Ángel de Michelena —con sus cuarenta y tres años de servicio a España— fueron siempre consecuentes con el juramento que lanzaron al cielo el día que recibieron los nombramientos de guardiamarinas. Y efectuaron sus tareas tal cual la vimos en este espacio, en aquel lugar donde el servicio dispuso, no importando el porqué, ni los peligros a arrostrar.

El venezolano Michelena, junto al resto de sus camaradas, formó parte de esos treinta y ocho años de existencia del apostadero de Montevideo y como tal perteneció a esta constelación de marinos que, sin saberlo, sirvieron paso a paso, a la concreción particular, que discurre por los caminos de la sociología, de este pueblo a esta banda del Río de la Plata. Por lo tanto, la historiografía uruguaya está en deuda con los hombres de la Real Armada que se hallaron a su servicio en ese lapso de tiempo, en su brevedad tan rico en gloria y sacrificios. Que su ejemplo sea siempre recordado en estas páginas, para que aquella unidad que durante centurias existió entre España y su América no pretenda ser olvidada ante el arrollador avance del presente.

para S. M. le habia dado orden para que la Remitiese al Viceroy: esto
es lo que al S. M. se da á entender: reunida ya el Congreso los intimó
el dicho General de Arca que tiene orden de retirarse con todo su tropa, de su
mando, á menos que aquellos habitantes no quiescan quedarse bajo la dominación
de S. M. juzgando la Constitución Antigua: lo general de ley voy fue
como el Sr. D. Juan de Sarracina Cueva Virrey de Guatemala, que desde
desde el año de 1817, yo tiene abandonado el Gobierno Español, y si se
retiran las tropas Antiguas, no sabe vendrá una conquisita momentánea
ya como la que se halla la Banda Occidental del Rio de la Plater, por
lo que por ahora me parece devemo juzgar la Constitución, y arreglar
la protección de S. M.

Yo tengo relacionado á U. S. anteriormente la serie de
delegaciones en que hace siete años me he visto desde la pérdida de la
Plaza de Guatemala por la consabida Explotación, no habiendo asistido á
la firma que celebraron, ni para ella, ni para su entrega al Gobierno Su-
berano de algunos años, y demás, me he referido á la Comisión con
mi Esposa D.^a Carmen del Cero, y quince hijos, habiendo esta perdido
su patrimonio de Guano, que por orden del Sr. Virrey Uta, fui yo á
debejar la Capital de Guano, y á donde se hallaba, en la ocasión de
verificarlo, mi Esposa, y algunos mis hijos á ser víctimas del furor de
Cochlo, hecho que peca á la misma naturaleza! pero patentica mi adhe-
sion y amor al Rey, y á la Nación por quien tanto he padecido, te-
niendo siempre presente la infelicitad mandamiento de aquel desventurado
Gobierno, que soy natural de Coahuila, para mas tenerme padecido, y nun-
ca haber querido acceder á librarme por parte como de ello tengo de
parte á U. S. como igualmente de que habiendome suspendido la firm-
za de S. M. en que estaba, verifico mi fuga en 15 de Abril de 1821
á la Plaza de Guatemala: ó estado de veces en esta plaza por fu-
tilidad, y estando enfermo en el hospital para mas sufrimiento, se me
quisieron guerra zello y privando de toda comunicacion con continencia
de traza: No espero de la Lección de U. S. se proceda á mi vindica-
cion tanto en la parte militar como en la política, y respecto de
hallarse en ciudad el General Sigüenza que fue el último Rey
que hubo en Guatemala y quien me tenia comisionado con el man-
do de tropas en el teatro de guerra de San Rey hacia la ligadura
á aquella Plaza del Sr. Virrey D.^a Narciso Uta, para el manua-
nado informas á S. M. de mi comportamiento y descomposicion en las Comi-
siones que tubieron á bien confiamos, como igualmente podran verla-
cas los donos Reyes y oficios precedentes de aquella Plaza, qual ha
sido mi comportamiento, conservado en mi poder varios correspondencias
de algunos de los citados Reyes.

Me referiré de la suspensión de U. S. desde el día
mis servicios y haga presente mi estado en la guerra militar, para



hace catorce años que soy capitán de navío, cuento treinta y tres
 años de guerra por Italia y Sicilia, que hasta mi esposa ha sido
 embuelta en mi desgracia perdiendo su dote por mi desgracia adhiriendo
 como llevo manifestado, al fin de que he Real cédula de oficio sobre mi
 y esta desgraciada familia sus vanidades, elevándose a la inmediata
 clase de Brigadier (que debía haber obtenido en V.M. quando fué
 ascendido D. José María Salazar Comandante del Atacadero de la
 Isla de la Plata, á quien según yo en antigüedad, por lo ascendido
 en la Plaza de Montevideo) y con el número de alférez de Brigada que
 por la Real cédula de oficio, y mando de V.M. se me dio en
 que disfrutando de mayor sueldo, pueda en algo remunerarse mis vie-
 ras penurias, pudiendo con este auxilio atender á la educación de mis
 hijos y de mis sobrinos, deviendo ser la Real cédula de oficio de
 V.M. de mis sueldos, y gratificaciones de antigüedad, sin contar los
 sueldos de guerra que soy ascendido.

Dios que. á V. E. muy ány. Gibraltar 30
 de Novemb. de 1721.

Don Juan de Sancho



Juan Ang. de Michelena

Carta que el capitán de navío Michelena envía al ministro de Marina desde Gibraltar (copia de la original del Museo Don Álvaro de Bazán de la Armada española en el Viso del Marqués. Ciudad Real).